

Guerra, Imperio y Culturas: los Estados Unidos en el contexto mundial

Lisandro David Hormaeche*

1. Introducción

En el siguiente trabajo nos proponemos hacer un breve análisis de algunos artículos del libro “*Huellas imperiales. Estados Unidos de la crisis de acumulación a la globalización capitalista (1930-2000)*”. Para comenzar, haremos una reseña de las diferentes escuelas historiográficas norteamericanas, con el fin de introducirnos en las diferentes miradas que la historia de este país ha tenido, y posteriormente, nos centraremos en la descripción de algunos artículos sobre el imperialismo, el mundo del trabajo y la política en los Estados Unidos, en relación al contexto mundial.

2. Las diferentes escuelas historiográficas norteamericanas

La primera de las escuelas es la Patriótica. “Su premisa fundamental era que la historia enseñaba una lección: que existía un inevitable movimiento de la humanidad guiada por la Providencia hacia la libertad (...) la sociedad para ellos mas libre del mundo (Estado Unidos) era el paradigma y el sujeto del estudio mas grande de todos.”(Pozzi & Elisalde 1992 : 12). Asimismo, la misión de los historiadores era buscar la verdad, la cual le permitiría revelar la dinámica de ese final soñado de libertad. Los temas que estudiaba esta escuela son meramente de índole político, y además contaba con un fuerte pensamiento conservador. “Fuertemente influenciados por la historiografía alemana, desarrollaron archivos y numerosas fuentes para la investigación por lo que se los considera los fundadores de la historia científica en Estados Unidos.”(*Ibidem* : 13).

En segundo lugar, encontramos la escuela Progresista. En medio de profundos cambios y de importantes transformaciones, este período de transición fue denominado, por

sus protagonistas, como “la era progresista”. Esta escuela “nació como producto de la época y como reacción contra los “patrióticos”, siendo fuertemente impactada por los desarrollos en las Ciencias Sociales a nivel europeo”(Ibidem). Es en medio de este pensamiento “progresista” que se da la formulación del concepto de frontera por parte de Turner (1893). Esta escuela, lo que hizo, fue cuestionar a la escuela anterior en la concepción de la historia de Estados Unidos. “La escuela progresista tuvo su auge entre 1900 y 1950, pero sobrevive aún hoy. Los principales historiadores del New Deal, Arthur Schlesinger y Carl Degler se ubicaban dentro de esta corriente. Inclusive su influencia sobre los historiadores que se reivindican de la “Nueva Izquierda” es innegable.” (Ibidem : 16).

Para la década del '50, entra en escena la llamada “Escuela del Consenso”, con un fuerte enfoque revisionista (frente a los progresistas), y con un auge de los estudios monográficos de estas características. “Esta escuela negó importancia a los conflictos sociopolíticos en el pasado de Estados Unidos.” (Ibidem : 17).

También encontramos la corriente o escuela de la “Vieja Izquierda”. Su mayor momento de desarrollo fue durante las décadas de 1930 y 1940. los historiadores que se relacionaron a esta escuela estuvieron vinculados con el Partido Comunista; y “su marco teórico se basaba en una interpretación bastante esquemática del marxismo, con una tendencia a dividir la sociedad norteamericana en la dicotomía *pueblo vs. capitalistas*. La producción histórica de esta corriente estuvo estrechamente vinculada al movimiento obrero y a los negros; su objetivo era rescatar las lucha de estos actores sociales apuntando a encontrar nexos entre los obreros blancos y negros.”(Ibidem : 20).

Posteriormente, la década del '60 y los acontecimientos que la caracterizaron, provocaron una ruptura en la escuela del consenso: “el redescubrimiento de la pobreza y del racismo, el compromiso con los derechos para los negros, la crítica de las intervenciones en Cuba y en Vietnam, para muchos rompieron gran parte de las presunciones de los años '50 y empujaron a los intelectuales a examinar de nuevo el pasado de Estados Unidos.”(Ibidem : 19). Esta nueva escuela se denominó “Nueva Izquierda”, y era políticamente heterogénea,

* Profesor en Historia. Investigador del Instituto de Historia Americana, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa. República Argentina

ya que estaba integrada por marxistas, neoprogresistas, socialdemócratas y liberales reformistas.

Para cerrar este apartado sobre la historiografía norteamericana, y coincidiendo nuevamente con Pozzi y Elisalde, decimos que la historiografía también es producto de la historia y del momento histórico en que se vive.

3. El Imperialismo Norteamericano

3.1. La influencia en América Latina

Entre 1880 y 1914 Gran Bretaña fue perdiendo supremacía en América Latina y los Estados Unidos expandió su penetración en Caribe (Guerra Hispano-Americana, 1895-1898) y México (Guerra Mexicano-Americana, 1846-1908); este período de penetración norteamericana culminó cuando Theodore Roosevelt (1901-1908), la encarnación del imperialismo¹ estadounidense, impuso el canal interoceánico (1904-1914) en la parte más septentrional de Colombia y creó el estado de Panamá.

En 1890 el racismo avanzó en Europa y Estados Unidos, donde las leyes Jim Crow institucionalizaron la segregación y muchos profesores universitarios y sacerdotes sustentaban en “bases científicas” la creencia en razas “inferiores” y “superiores”. La evolución ideológica de los Estados Unidos provocó un claro desprecio por sectores sociales diferentes, como los negros y latinoamericanos.

La doctrina Monroe

James Monroe, presidente de los Estados Unidos durante dos períodos consecutivos (1817-1820-1821-1824), en su discurso de inauguración de las sesiones del Congreso de 1823, expuso lo que se conocería como “Doctrina Monroe”. Allí, por ejemplo, en relación a la no-colonización, la Doctrina Monroe expresaba que los continentes americanos en lo sucesivo no deben ser considerados como sujetos a alguna futura colonización por ninguna

¹ “Inclinación de un Estado a poner bajo su dependencia política o económica a otros pueblos. Remite al control o influencia ejercidos sobre otra región, sea o no de forma oficial y manifiesta, e independientemente de que afecte al

potencia europea. La no-intervención de países europeos también estuvo dentro de los lineamientos de esta política. En el Congreso de Verona, en 1822, la Cuadruple Alianza consideró el envío de fuerzas a América del Sur, para obligar a que por lo menos algunos de los nuevos países, volviesen a su condición de colonias. Francia encabezaría la expedición a cambio de poder obtener tierras para sí misma. George Canning propuso que Gran Bretaña y Estados Unidos tomaran medidas conjuntas para impedir esa intervención. Algunos consejeros de Monroe le sugirieron aceptar la propuesta, pero el Secretario de Estado, John Quincy Adams, insistió en que los Estados Unidos actuaran solos. La Doctrina Monroe dejaba claro que cualquier intervención europea con el objeto de oprimir a los estados americanos o de controlar de cualquier otra manera su destino sería considerada como prueba de enemistad con los Estados Unidos.

El “corolario Roosevelt” de la Doctrina Monroe

En 1890 Gran Bretaña abandonó toda pretensión sobre la cuenca del Caribe y la dejó en manos de los Estados Unidos, que ocupó Cuba, tomó el territorio que sería Panamá y estableció un protectorado en República Dominicana.

Para justificar estas acciones y posibles otras futuras, Theodore Roosevelt proclamó en 1904 el “Corolario Roosevelt” de la Doctrina Monroe, destinado a habilitar las intervenciones de Estados Unidos en el mundo occidental

“Todo país cuyo pueblo se conduzca bien, puede contar con nuestra amistad sincera. Si una nación muestra que sabe cómo actuar con una eficiencia y honestidad razonables en los asuntos sociales y políticos, si mantienen el orden y cumple con sus obligaciones, no puede temer la interferencia de Estados Unidos.

La perfidia cónica o la importancia coque da como resultado una pérdida general de los lazos de la sociedad, sea en América o en otras partes, acaba requiriendo la intervención de alguna nación, civilizada, y en el hemisferio occidental, la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe; puede

terreno económico o político. Si bien esta práctica data de varios siglos atrás, el término aparece, en el sentido moderno,

forzarlo, aunque se muestre reticente, en casos flagrantes de dicha perfidia o impotencia, a ejercer un poder de policía internacional”.(Tomado de “Cuadernos de documentos Historia de América III” 2003 : 14).

3.2. La intervención de Estados Unidos en el resto del mundo

La estabilidad en la conformación social del norteamericano y en el desarrollo (y creciente concentración) de su capitalismo monopólico, los Estados Unidos tiene una percepción de su rol dentro de esta coyuntura que lo hace protagonista de sus propias decisiones. Es decir que cada nueva decisión se ve directamente relacionada a los intereses que Estados Unidos tenga dentro de ella.

La posición que Estados Unidos logró tener e imponer a nivel mundial desde fines del siglo XIX y principios del XX sólo fue interrumpida por hechos notorios y trascendentales, como la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Fría:

“La política exterior del estado norteamericano mantuvo, a lo largo de su historia, una notable continuidad: sólo acontecimientos como la Segunda Guerra Mundial provocaron mutaciones en sus objetivos y en sus instrumentos básicos.”(Gonzáles Chiaramonte 2003 : 280)

Esta superioridad se expreso, por ejemplo en la intervención en diferentes conflictos internos de países americanos, europeos y asiáticos. La idea de una policía internacional formada por Estados Unidos, hacía que este país fuera una especie de administrador de justicia y dictador de las leyes de juego:

“La antigua idea de superioridad moral había dado lugar a dos innovaciones en los ejes de la política exterior para ese período. En primer lugar, la concepción moralista y legalista de la política exterior: ésta nacía del desprecio de la política de poder europea, basado en que la hegemonía en América sólo hacía a Estados Unidos tratar con inferiores. Si la condición

recién a fines del siglo XIX.”(Rand 2003 : 103-104).

“Guerra, Imperio y cultura: los Estados Unidos en el contexto mundial”

“normal” del mundo era el respeto a la ley, como en Estados Unidos –y a las leyes de Estados Unidos-, las disputas sólo representaban el mal y la ruina del comercio, y sólo se resolverían con la imitación de las virtudes norteamericanas.” (González Chiaramonte 2003 : 281-282).

La Doctrina Truman

El imperialismo norteamericano siguió su camino durante todo el período de guerras y entreguerras, y fue reafirmandose a escala mundial cada día más. Así, por ejemplo, la intervención en conflictos de carácter interior (como fue la guerra de Vietnam) generaba una dependencia de los partidos políticos locales de la providencia norteamericana.

“La doctrina Truman especificó las condiciones del liderazgo norteamericano a escala mundial, e hizo un esfuerzo para sumar al Congreso a su punto de vista. La esencia de la posición radicaba en el conflicto ideológico y de modos de vida, y a través de ella se hacían los movimientos geopolíticos de su nuevo adversario. Si bien, como Kennan deseaba, el subsecretario de Estado, Dean Acheson aseguró que las intervenciones no sentarían precedentes y se negó a apoyar a Checoslovaquia y a Chiang-Kai-Sek en China. La caída de China, la guerra de Corea y la aparición del marcarthismo eliminarían el sutil margen de maniobras de la política exterior.” (Gonzales Chiaramonte 2003 : 290).

Asimismo, la relación directa de los Estados Unidos con organismos internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, hacían más fácil la presión económica en los países desfavorecidos.

“(…)Estados Unidos emergió como la única potencia que había desarrollado, y podía sostener, el liderazgo de los países capitalistas. Su fabuloso desarrollo y su capacidad financiera ilimitada hasta le permitieron tener voz dominante en el diseño del mundo económico que seguiría. La experiencia acumulada permitió a los conductores de esta política asegurar el antiguo objetivo de expansión del capitalismo por todo el mundo, quebrando las viejas barreras coloniales y amenazando desbordar a los países que se mantenían fuera de ese sistema.” (González Chiaramonte 2003 : 296).

De todas maneras, la participación en una guerra, o la provocación de una, debían estar bien fundamentadas, pero sobre todo, debía haber un fuerte apoyo de la sociedad norteamericana. Esta idea de que los Estados Unidos siempre realizaba lo correcto pocas veces entró en duda, pero cuando lo hacía generaba una reestructuración de las políticas norteamericanas acerca de la intervención y la justificación utilizada. La Guerra de Vietnam fue un momento de tensión entre la opinión pública estadounidense y los intereses imperialistas del Estado norteamericano.

“Si bien la visión del gobierno estadounidense había logrado legitimar la participación y el envío de soldados y armamentos a Vietnam en la sociedad norteamericana y occidental, hacia 1967 estaba empezando a desintegrarse. Este cambio en la percepción de la guerra por parte de la sociedad norteamericana tenía sus fundamentos en la estructura social y política interna, así como en el eje externo. En el inicio de la década del '60 Estados Unidos estaba en la cima de la ola de prosperidad, la tasa de ganancia seguía creciendo, el desempleo era un problema sepultado, los salarios seguían elevándose, el acuerdo entre el capital y el trabajo estaban dando sus frutos, la educación se había expandido y se estaba desarrollando plenamente el programa de “Guerra contra la pobreza”, iniciado durante el gobierno de John F. Kennedy y desplegado durante la presidencia de Lyndon Johnson.” (Dorado 2003 : 451)

El cambio en la percepción de los conflictos por parte de la sociedad norteamericana a partir del conflicto en Vietnam, fue advertido desde la historiografía actual como un hecho significativo:

“A partir de 1967, y sobre todo luego de la Ofensiva de Tet de 1968, la sociedad norteamericana empezó a desconfiar respecto al logro de una victoria rápida en el conflicto, y muchos se cuestionaban las posibilidades reales de vencer; al mismo tiempo que se iba generando una sensación de que en esta pelea los norteamericanos no eran los buenos. Se iba desvaneciendo el manto de protector del mundo que tan bien había funcionado como legitimador en la posguerra. Pero a pesar de que ésta era la sensación que iba primando dentro de la sociedad norteamericana, el gobierno de Estados Unidos seguía justificando su presencia en Vietnam y veía como algo imposible y deshonroso abandonar al pueblo sureño de Vietnam” (Dorado 2003 : 451).

No cabe duda de que el desarrollo del conflicto en Vietnam, y los resultados “poco alentadores” que se sucedieron, produjeron en la sociedad y en el Estado norteamericanos un cambio de perspectiva sobre la guerra.

4. El mundo del trabajo

En pleno siglo XIX, las transformaciones provocadas por la economía capitalista en Europa occidental acarrearón cambios sociales que pusieron de manifiesto grandes desigualdades en la distribución de las riquezas. A partir de esa realidad, quienes trabajaban en minas y fábricas comenzaron a luchar por la defensa efectiva de sus intereses, y así dieron nacimiento al movimiento obrero y posteriormente a una diversidad de movimientos sindicales, por los derechos humanos y luchas de igualdad de género que se desarrollaron con actores y en contextos diferentes. En el seno de la sociedad norteamericana el

sindicalismo cobró un sentido especial, pues desde allí se impuso otra idea de “sindicalismo”.

Para ello, se contó con el apoyo de instrumentos como el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (AIFLD):

“(…) fue fundado por un acuerdo entre el entonces presidente J. F. Kennedy, el secretario general de la AFL-CIO G. Meany, y el empresario J. Peter Grace, y durante sus primeros quince años de vida empleó una variedad de tácticas para promover el modelo sindical y lo que consideraba como “el modelo de vida norteamericano” en América Latina. Sus actividades centrales fueron una intensa propaganda y actividad educativa, combinada con subsidios y diferentes proyectos de “impacto”, como por ejemplo planes de vivienda, préstamos para la construcción de sedes sindicales y dispensarios, y financiamiento para la creación de cooperativas de créditos y bancos sindicales. Uno de los ejes de la labor de la AIFLD fue el entrenamiento y la promoción de lo que consideraba como dirigentes sindicales adictos. Durante la primera década de su existencia más de 19000 sindicalistas latinoamericanos asistieron a los cursos dictados por el AIFLD.” (Pozzi 2003 : 316).

Esta impresión de un sindicalismo diferente al europeo, se intentó llevar también al terreno virgen de América Latina:

“Desde principios del siglo XX, los dirigentes de la American Federation of Labor (y después de 1954, los del Congress of Industrial organizations) han trabajado en colaboración cercana con gobiernos y sindicalistas en América Latina para extender su modelo sindical y en apoyo de los objetivos de la política exterior de los Estados Unidos.” (Pozzi 2003 : 316).

No obstante, la particularidad de la diversidad latinoamericana generó diferentes respuestas a esta iniciativa norteamericana:

“Guerra, Imperio y cultura: los Estados Unidos en el contexto mundial”

“En la década de 1940 la preocupación fundamental de la AFL en torno a América Latina era que tanto la Federación Sindical Mundial (comunista) como el CIO tenían una fuerte influencia.” (Pozzi 2003 : 317).

Es decir que la mayor preocupación residía en luchar contra las ideas comunistas, las cuales eran una verdadera amenaza para los intereses que Estados Unidos se estaba planteando.

“Debido a esta preocupación una gran parte del programa del AIFLD se dedicaba a combatir *la expansión del comunismo*.” (Pozzi 2003 : 322).

Por ello, cuando había alguna amenaza al sistema económico norteamericanos, no había ningún reparo en acusar a los líderes sindicalista, gobernantes o a los mismos trabajadores que apoyaban una política diferente a la conservadora:

“El AIFLD tendía a acusar a sus opositores de castristas o comunistas (...) cualquier cuestionamiento a la penetración económica norteamericana y su control informal sobre América Latina era descrito en estos términos.” (Pozzi 2003 : 323)

Este Instituto tenía como ejes principales el desarrollo de un núcleo laboral privilegiado, que podríamos considerar como una moderna aristocracia; la oposición al activismo sindical; y por último, el reemplazo del concepto de lucha de clases por el de armonía entre trabajo y capital.

De esta manera, las características de la “clase obrera” en Estados Unidos fueron muy diferentes de las europeas, llegando a postularse que el caso de Estados Unidos es “excepcional”, debido al éxito obtenido por el capitalismo en ese país. Esta situación desencadenará en la problemática que permita “(...) explicar históricamente la disyuntiva entre relaciones industriales y practicas políticas en Estados Unidos”(Pozzi 2003 : 42).

“Probablemente la explicación más común sobre el fracaso del desarrollo de una conciencia socialista entre los trabajadores norteamericanos es la que se centra en plantear que es un resultado del éxito del capitalismo (...) Ligado a este éxito también podemos considerar el desarrollo de la tesis de Turner y sus discípulos (...) De acuerdo a esta visión, el excepcionalismo norteamericano se debe a la alta movilidad geográfica y social y a la capacidad del trabajador de adquirir propiedad (...) la frontera permitía *un alejamiento de las influencias europeas* y llevaba a un desarrollo de la independencia con características particularmente norteamericanas.” (Pozzi 2003 : 42-43).

Podríamos decir que, en realidad, lo que Estados Unidos tiene de excepcional es “solamente en el sentido de que todo proceso histórico es excepcional”(Pozzi 2003 :49). Por lo tanto no debemos pensar al mundo del trabajo norteamericano como un mundo totalmente “excepcional”, sino como una realidad más dentro de la diversidad cultural (abarcando aspectos económicos, sociales y políticos) de esta realidad.

5. La política en los Estados Unidos

A partir de la conformación de dos bloques como resultado de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, cobró auge un conflicto que se denominó Guerra Fría. Este proceso, que llevaba a la cabeza a potencias como los EEUU y la URSS (cada uno con sus respectivos aliados), generó nuevas políticas a nivel internacional. El temor por el estallido de una guerra nuclear y la carrera espacial que se desató fueron algunos de los apartados que mantuvieron vivo este conflicto.

Una vez finalizado este proceso, con la caída del muro de Berlín, y afirmada la preponderancia de los Estados Unidos, la predica de un modelo neoliberal se intensificó.

“(…) no es sorprendente que Carter orientara su política exterior, por lo menos desde la retórica, hacia la defensa de la paz, el logro de la justicia

económica a nivel mundial, el control de armamentos y la promoción de los derechos humanos.”(Salomón 2003 : 528)

Uno de los puntos que comenzó a tener énfasis en este modelo fueron los derechos humanos. Se intentó generalizar una receta para todos los países en condiciones “similares”, pero ninguna sociedad es igual a otra, y cada proceso histórico es excepcional, razón por la cual no dio resultado:

“(…) las herramientas que Estados Unidos utilizaba para promover los derechos humanos no tenían aplicación general a todos los países de Latinoamérica y (…) en última instancia, los costos políticos y financieros eran más importantes que los beneficios del potencial humanitario.”(Salomón 2003 : 536).

Con el correr del tiempo, los derechos humanos que tanto estaban alentando las políticas norteamericanas, pasaban a un segundo plano, desplazados por los “*derechos*” económicos que el país imperial desarrollaba en función de países y regiones más débiles:

“(…) en un principio esta política era funcional con el tema de la seguridad nacional (…) Sin embargo, hacia 1979 comenzó a hacerse evidente que en muchos aspectos esta política se contraponía con la seguridad nacional, razón por la cual hubo un cambio de rumbo. De este modo, la anterior funcionalidad de los derechos humanos se transformó en una contradicción

Posterior a los cambios Posguerra Fría, y, sintiéndose la crisis económica y de apoyo interno que sufría EEUU, se había comenzado a manifestar una nueva crisis en la estabilidad de la hegemonía norteamericana en el mundo:

“La desaparición de la URSS del panorama mundial, la Guerra en el Golfo Pérsico, el ataque a las Torres Gemelas de NY y la recesión económica que sacude a Estados Unidos a fines del 2001, se combinan para reflejar la

“Guerra, Imperio y cultura: los Estados Unidos en el contexto mundial”

compleja situación de la deteriorada hegemonía norteamericana durante la última década.” (Pozzi 2003 : 593).

Como parte de las respuestas que el Estado norteamericano puso en marcha, la Guerra del Golfo intentó frenar una situación que estaba convirtiendo al orden mundial vigente en “tripolar”. El aumento de la influencia de los países de la comunidad Europea y del Japón, empezó a preocupar a los Estados Unidos, pues eran firmes competidores por los intereses imperiales que los Estados Unidos pretendían desarrollar:

“Se trataba, a través del poderío militar, de reordenar el control mundial sobre la reserva de materias primas estratégicas, afirmar el derecho norteamericano de intervenir en las regiones más lejanas, de subordinar no sólo a aliados como Arabia Saudita sino también de reafirmar la debilitada hegemonía sobre Europa y Japón, repartiendo los costos de la crisis capitalista. Queda claro que la presencia permanente de los Estados Unidos en el Golfo le otorga un control sobre los recursos petroleros que a mediano plazo aumenta significativamente su poder de presión sobre países como Japón y Alemania, que importan gran parte de los recursos energéticos indispensables para su crecimiento y fortaleza económica.”(Pozzi 2003 : 594).

También se considera que la ofensiva contra Irak haya tenido también la intención de mostrar que a pesar del desacuerdo de la sociedad norteamericana, que había cobrado mucha relevancia a partir del conflicto en Vietnam, era el Estado el que tomaba las decisiones:

“La Guerra del Golfo debe ser considerada dentro de la continuidad que implican las guerras de baja intensidad (Afganistán, Nicaragua, Camboya, Angola, Mozambique), las invasiones de Grenada y Panamá, y el bombardeo norteamericano de Libia. Es evidente que Estados Unidos han puesto fin al síndrome de Vietnam reafirmando que, a pesar de la intensa oposición

“Guerra, Imperio y cultura: los Estados Unidos en el contexto mundial”

interna a la Guerra, están preparados, dispuestos y libres para intervenir militarmente en cualquier parte del mundo.”(Pozzi 2003 : 601).

A partir del 11 de septiembre de 2001, una nueva amenaza al orden imperial de Estados Unidos entró en escena como una fuerte relevancia: el terrorismo internacional. Este nuevo momento de rearticulación de fuerzas políticas y, de un escalón más del capitalismo, generaron, dentro de las políticas norteamericanas, una adaptación a esta realidad:

“(…) Estados Unidos apunta a reforzar su presencia internacional reorganizando las relaciones mundiales y aclarando su intención de intervenir contra *el terrorismo internacional*(…)”(Pozzi 2003 : 618).

6. Reflexiones Finales

Hoy es imperante una mirada crítica del accionar norteamericano, no solo en Irak, Afganistán o nuestra América Latina, sino en todo el mundo. Las políticas llevadas a cabo solo intentan reafirmar un orden que, desde hace mucho tiempo, ha estado dominando la esfera económica, política y social.

La globalización de la economía, y la integración que se quiere lograr, provocan una ola de apoyos y reclamos, de acuerdos y protestas en todas las sociedades del mundo.

La mirada que hemos recogido en el análisis de los artículos del libro “*Huellas imperiales...*”, nos ha mostrado una manera diferente de pensar la historia de los Estados Unidos. Una mirada que pocas veces nos han mostrado, pero que ha desmitificado la imagen del “*imperio norteamericano*”. Creemos que la lectura y el análisis críticos de las diferentes situaciones por las que el mundo está viviendo, nos ayuda a poner en claro (de manera sencilla) las ideas y la visión que podamos tener de la historia.

Para finalizar, quisiéramos citar un último párrafo que hemos extraído del libro, donde acordamos con el autor, desde nuestro humilde análisis, el estado actual de la cosas:

“Si bien el estado absolutista emergente refuerza el poderío norteamericano, también contiene cada vez más elementos de inestabilidad. No estamos al

“Guerra, Imperio y cultura: los Estados Unidos en el contexto mundial”

borde del colapso del capitalismo, sino más bien en los albores de nuevas formas de acumulación y de organización que implican la integración mundial por las que un conflicto, por remoto que sea, tendrá efectos sobre el conjunto.”(Pozzi 2003 : 618).

7. Bibliografía

7.1. Los artículos analizados han sido extraídos del libro:

NIGRA FABIO Y PABLO POZZI. 2003. *Huellas imperiales. Historia de los Estados Unidos de América. De la crisis de acumulación a la globalización capitalista 1929-2000*. Buenos Aires : Imago Mundi.

7.2. Bibliografía de consulta y lectura adicional.

- BETHELL, LESLIE. 1991. *Historia de América Latina*. Barcelona : Crítica. Volúmenes 7-12.
- CHOMSKY, NOAM. 1996. *El Nuevo orden mundial (y el Viejo). Las intervenciones estadounidenses en América Latina*. Barcelona : Crítica, 62-99.
- FONER, PHILIP. 1975. “¿Por qué los Estados Unidos fueron a la guerra?”, Foner 1975, 354-385.
- FONER, PHILIP. 1975. *La guerra hispano/cubana/americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*, Vol. I (1895-1898) Madrid : Akal.
- GUÉRIN, MIGUEL ALBERTO (Ed). 2003. *Cuadernos de Documentos para Historia de América*. Material de uso interno cátedra Historia de América III. Instituto de Historia Americana. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa.
- HOFSTADTER, RICHARD. 1968. *Los historiadores progresistas*, Buenos Aires : Piados.
- KREIMER, JUAN CARLOS Y NERIO TELLO (ed). 2003. *Diccionario de movimientos del siglo XX*. Buenos Aires : Longseller.
- MONTGOMERY, DAVID. 1997. “El movimiento sindical: historia y perspectivas”, Taller vol. 2, nº 4 julio de 1997.
- ROBERTO ELISALDE. 1992. “Conflicto y consenso en la historiografía norteamericana: una historia politizada”, Pozzi *et al* 1992, 11-28.
- RAND, PAUL. 2003. “Imagen Corporativa”, Kreimer y otros 2003 : 103-114.
- SKIDMORE T. Y P. SMITH. 1996. *Historia contemporánea de América Latina. América latina en el siglo XX*. Barcelona : Crítica.
- THORP, ROSEMARY. 1991. “América Latina y la economía internacional desde la primera guerra mundial hasta la depresión mundial”, Bethell 1991, 50-72.